

# ΜΠΑΜΠΑΣ

---

**Por: Roger Otero**

Lunes. El sol agoniza. Siete y media. En la plaza hay de todo: jubilados, estudiantes, turistas, desempleados, familias y solitarios, como este hombre sentado frente al monumento del héroe local. Sostiene un libro desde hace media hora, imperturbable, sin parpadear. De rato en rato sorbe un vaso de café humeante, pero jamás abandona la lectura. Coge el libro con ambas manos. Y para llevarse el vaso a la boca hace un movimiento de brazo casi maquinal. Luego repite el movimiento pero al revés, hasta devolver el vaso al mismo sitio, sobre la fina huella circular y acuosa.

Lo único que sabremos del hombre es que lee un libro, su magra fisonomía lo aproxima a los sesenta años y no lleva anillo en los dedos. A la mujer que lo estudia desde lejos le alcanza la visión para distinguir en la portada del libro, grande y con letras moradas, el título: «¿Quién sopló mi alma?». Y más abajo, pequeño: «Ruwasaki H. Akiri». Y a la derecha: «Policial».

Esta misma mujer avanza segura de sí misma, haciendo sonar sus glamorosos tacos de diez centímetros, se sienta en el extenso banquillo, junto al hombre, lo mira brevemente y, con tono dulzón, le pregunta:

—¿Excitado por la lectura?

El hombre demora en contestar.

—¿Disculpe?

—Pregunto si es buen libro.

El hombre mira a la mujer de soslayo y responde:

—Excelente. —Y dicho esto retoma el pasaje dejado.

La mujer insiste dos minutos después:

—¿Espera a alguien?

—¿Cómo?

—¿Está esperando a alguien?...

—No —le contesta el hombre, regalándole, una vez más, algunos segundos de su atención.

—¿A su esposa, tal vez?

—¿Disculpe? —pregunta atufado.

—Tal vez sea casado.

—No... —el hombre parpadea por fin y reconoce la insinuación—. Soy viudo —responde—. ¿Usted está esperando?... —duda— ¿a su esposo, tal vez?

—Está en una cita de trabajo. Debe estar muy ocupado... —dice, y susurrando añade— soplándole el alma a otra persona.

Entonces el hombre deja de lado el café, cierra el libro y le obsequia una mirada de absoluto interés. Se produce un breve pero profundo silencio. Finalmente ella tuerce el rostro y un segundo después él decide hacer lo mismo. El tiempo transcurre con los dos mirando a otra parte, con él pensando en cómo proseguir el diálogo.

Pero es ella quien, con voz arrogante, se atreve a decir:

—¿Te gustaría ir a otro lugar?

—¿Adónde?

—Uno con menos gente.

—Puede ser —responde el hombre.

—No soy una puta —advierte la mujer—. Pero quiero hacer lo que tengo que hacer.

El hombre agacha la mirada sobre ella, recorre líneas que forman dos piernas ceñidas bajo la falda corta de mezclilla. Son rectas y virtuosas, y conducen fácilmente hacia caderas anchas que deben permitir un balanceo descomunal. Es una mujer grande, de cintura indefinible, limítrofe al engordamiento. La tirantez de la blusa, muy ajustada en los senos, encubre el posible sobrepeso.

—Quiero tener sexo con vos —dice de pronto.

—¡Ah!

El hombre se sorprende. Extiende los labios en una mueca de nerviosismo. La mujer se desentiende un rato del hombre observando la calle. Variedad de personas desfilan a pocos metros suyos. Un par de minutos después el hombre aún se mantiene pasivo y la mujer se exaspera:

—¿Aceptás ir a la cama conmigo sí o no? —pregunta en seco.

—¿Tendría que pagarte?

—¡Imbécil!

—Lo siento, es que...

La mujer se pone de pie, no vuelca. Está segura de que él la acompaña, aunque no escuche pisadas, aunque no vea su sombra. Cruza la vereda y con un movimiento ágil de mano extrae las llaves del interior de la cartera sin detener el ritmo. Presiona un botoncito del llavero y las luces del Skodia Fabia RS 2000 parpadean. El seguro de las puertas se levanta. Ella sube, hace gruñir el motor. Él se coloca al lado y deja el libro sobre el tablero. Dan la vuelta a la manzana de tal forma que se enfilan por la calle que desemboca a los moteles. La transitan como podrían avanzar en un desierto. Son dos seres agónicos, invisibles ante el mundo. Pasan algo más de diez cuadras sin intercambiar miradas o frases. Él tiene ganas de preguntarle las razones de su impulso:

—¿Hay algo de lo que quisieras conversar? —dice.

—No.

Ella se concentra en la calle con pasmosa serenidad.

—¿Y tu esposo?

—¿Qué tiene?

—¿No está por aquí cerca?... ¿siguiéndonos? —busca nervioso atrás. Ella sonrío con la mitad de la boca.

—No.

El hombre desliza una mano en la pierna de la mujer. Ella se la arrebatada de golpe.

—Aún no, hombrecito.

Pasan dos cuadras más. La mujer mantiene el rostro inmutable.

—¿Tenés algún motivo en especial?... —vacila el hombre—. ¿Me conocés por lo menos? ¿Sabés quién soy?

—Nunca te había visto en mi vida.

—Pero...

—¿Tenés miedo? Ya te dije que mi esposo no lo sabe. Y aunque lo supiera, le daría lo mismo. Algún día todas las de mi especie acabamos haciendo lo mismo.

—Me vas a utilizar —bromea sin parecer que lo hace, pues tiene un tono de voz bastante uniforme para todo.

—¿Estás ofendido? —repite sarcástica.

—Nunca me había pasado. —La mira en busca de una retroalimentación que nunca llega. Permanece en silencio como si no fuera con ella la cosa—. ¿Por qué a mí? —añade.

—¿Qué pasa? ¿Necesitás que te seduzca?

—Nunca me había ocurrido antes y...

—No tenés pareja —interrumpe la mujer—, lucías limpio, sos simpático y eras el único en toda la plaza que estaba leyendo un libro... Mirá, ya llegamos.

—Ah, tu casa... Porque los moteles están cerca.

El portón se abre automáticamente. Entran. No hay nadie. Atraviesan un jardín grande y descuidado, con el pasto crecido y hojas secas regadas por doquier. La casa es alta, en forma de A. Ella baja primero, sin avisar a su acompañante que la siga. Se mete en la casa y él le calza las huellas, excitado por la situación. Recorren un pasillo de parquet y cuadros ennegrecidos por el polvo. Atraviesan el vestíbulo y la sala.

¿No hay muebles? pregunta el hombre al comprobar el vacío.

Pero la mujer hace oídos sordos. Empieza a desabrocharse la blusa conforme sube por las gradas que dan fin al pasillo. Avanza por el segundo piso. Está en penumbras. Pasan a la habitación del fondo. Ella le instruye que cierre bien la puerta porque quiere conservar el misterio y luego no quiere que la luz interrumpa el idilio. «Soy tímida», dice sin convicción. Se besan en la oscuridad. Ella susurra, jadea, grita, y susurra, jadea y grita más fuerte cada vez y con intermitencias más cortas. Él ni siquiera ha terminado de desnudarla y ella ya está con el tono más alto que hubiera reproducido en su vida. Carlos Broschi hubiera sido un mal remedo de contratenor a su lado. Se restriegan la ropa, las manos recorren sus cuerpos e irrumpen en sus miembros desesperados. Ella se aferra a él, lo guía hacia la cama y lo empuja con todo el reverso de su cuerpo.

—Quiero verte —dice él. Ella se apresura a ponerse encima y callarlo con un beso—. Dejame verte —insiste al poco tiempo. Entonces recibe la rugosidad de un pezón en la boca, con el que se entretiene largo rato. Poco a poco se acarician, se rasgan las ropas y quedan completamente desnudos.

—Metela.

Él se aparta en busca del pantalón, pues hay un preservativo en uno de los bolsillos. Es cuando escucha un sonido extraño, que puede ser cualquier cosa, lagartijas apareándose, un mueble de madera que se ensancha, ropas cayendo al piso, cualquier cosa, pero a él se le ha metido en la cabeza que puede ser el esposo llegando a la casa.

—¿Escuchaste? —pregunta.

—¡Metela!

El hombre tantea el piso hasta dar con el pantalón, rebate los bolsillos y saca el preservativo. Rompe el envoltorio y el sonido vuelve a romper la calma. Dice: «Μπαμπάς». Está cerca, como a dos metros. ¡Ahí mismo, en el cuarto! Ella se abalanza contra el hombre, pero la oscuridad le impide acertar con su ubicación exacta. Cae a pocos centímetros de él. Extiende la mano y lo que alcanza es el falo que va perdiendo consistencia. Entonces lo fricciona con rabia. Pero el hombre ha empezado a sentir más curiosidad que excitación, así que, de un salto, se aparta de la cama, de la mujer, sin saber hacia dónde dirigirse, pues todo está oscuro. Desorientado retrocede uno, dos pasos, en busca de la puerta, hace un giro y tropieza con un bulto. Es grande y rígido y produce un sonido ligero y oclusivo al simple contacto. Una estatua tal vez. Pero las estatuas no acezan. Al trastabillar, se apoya en el vacío rozando una figura grande, presumiblemente humana, aparentemente viva. Dice: «Μπαμπάς». Llega hasta la pared y reptea en busca del interruptor de luz. La mujer le grita desesperada que regrese a la cama y cumpla con su deber. El hombre duda, pero el sonido se repite una vez más.

El hombre apresura su búsqueda, se siente observado. La mujer sale de la cama y camina a tientas hacia donde cree estar el hombre. No tiene problemas en encontrarlo pues conoce la habitación con precisión matemática. Ambos coinciden en la puerta, justo cuando él gira el pomo y ella lo coge por los huevos. La luz se filtra en una ráfaga débil que cubre toda la habitación y enseña los pocos muebles y el cuerpo desnudo de la mujer pegado al suyo.

—¿Qué te pasa, poco hombre? —pregunta ella irritada mientras masajea la entrepierna del amante.

—Escuché un ruido.

—¿Me tenés miedo?

El hombre se da cuenta de que ha quedado como un tonto. La mira molesto. Ella se frunce, energúmena. Las miradas se reflejan entre sí como si fueran dos espejos.

—¡Cogeme, maricón!

El hombre se concentra en ella y poco a poco va dejándose vencer por la hinchazón de su sexo. La mujer cierra la puerta de golpe y transporta a su amante a la cama. Allí vuelven a hurgarse, pero esta vez con mayor osadía. Exploran las partes más sensitivas sin piedad ni objetar molestias, correspondiendo las caricias por medio de palabras obscenas y castigos leves que provocan pequeños gritos, repentinos ataques de dolor y placer. Se olvidan del preservativo, de los sonidos, del «μπαμπάς» que ha vuelto a sonar a bajo volumen. Antinatura y felación primero. Luego de la forma tradicional. Se ensartan el uno al otro, al mismo tiempo, sin siquiera coordinarlo. Quedan engranados en un instante donde los sonidos externos han dejado de ser relevantes, un instante donde empiezan a jadear con más fuerza, a transpirar a chorros y consentir que el suave sonido externo no significa nada del otro mundo. «Μπαμπάς». Literalmente, nada del otro mundo. Retozan sin importarles que una voz ajena a sus bocas se esparza en toda la habitación consintiendo el acto con furia. «Μπαμπάς..., μπαμπάς..., μπαμπάς». Luego el eco se transforma

en un ruido sibilino, agudo, finísimo, y poco antes de llegar al orgasmo se paraliza, pues se ha instalado entre sus mentes de la misma forma que un ladrón entraría a robar una casa. Finalmente se disemina tras los últimos choques de caderas. El «μπαμπός» se ha desplegado en las células del hombre. Sólo entonces desfallece. Siente caer de la cama y traspasar el piso, succionado por la oscuridad.

Cuando abre los ojos experimenta un sabor salado en el vientre. Recupera la vida a través de pequeños detalles que cubren su entorno, detalles que no son más que elementos de su propio cuarto: el jarrón sin flores, la foto de Judith dos meses antes de morir, el megáfono, etcétera. Hay luz y no lo acompaña nadie. Está desnudo, tiritando de frío. Se levanta, se cubre de ropa, mucha ropa, se hace un té caliente y cuando está por sorberlo, vomita, se desmaya en sus propios desperdicios y le sobrevienen convulsiones.

Vuelve a abrir los ojos y es de noche. Está tendido en su cama, otra vez su propia cama, de pijama y con la sensación de haber dormido toda la semana. «Ha sido un sueño», se consuela para sus adentros. Pero mira el almanaque y descubre que es domingo. Entonces se muda de ropa con prisa. Sale en su auto destartalado y llega a la plaza, para ubicarse en el mismo banquillo donde conoció a su amante furtiva. No está. Ahora hay dos viejecitos sentados, cogidos de la mano como si recién se hubieran conocido. En vez de escupirlos, como en realidad desea, se sienta a un extremo y observa los alrededores en busca de la mujer. Pero pasan las horas y la mujer no aparece. Entonces marcha hacia la casa donde le hizo el amor, donde ella se lo hizo a él. Toca el timbre. No recibe respuesta. Toca muchas veces y golpea la puerta por si el timbre está descompuesto. Pero tampoco obtiene respuesta. Es muy viejo para saltarse la barda, así que llama a la casa del lado. Sale un adolescente petiso y desgarbado, con el cabello revuelto y ropa de gimnasio. Le pregunta por su vecina. El muchacho le explica que en aquella casa no vive nadie desde hace más de un año. «Es una casa donde asesinan hombres —dice—. A veces llega alguien a preguntar por una mujer que no existe o por hombres muertos». El hombre se inventa que quiere comprarla y necesita verla. Entonces el muchacho se mata de la risa y confiesa su mentira. «No hay tal cosa, no se asuste —le dice—. Lo que pasa es que no vivo aquí. Vengo de visita». Luego llama a alguien de adentro. Grita un nombre extranjero. Sale un adolescente más petiso que el anterior, sin polera, con short y chinelas. Se entera de la situación de manera superficial y le explica, sin embargo, de la misma forma que lo que había dicho su amigo tenía algo de cierto. Muchos hombres habían preguntado por la mujer de la casa del lado. Pero no era una fantasma. Ellos la habían visto e incluso intercambiado algunas frases.

—¿Tiene marido? —pregunta el hombre.

—No —dice el adolescente más petiso—. Siempre la hemos visto con un acompañante diferente.

—Sólo viene a esta casa con sus amantes —interviene el otro.

—¿Y cómo son sus amantes? —pregunta el hombre.

Los adolescentes lo miran confundidos.

—¿No tienen algo en común? —explica—. No sé, algo que pueda definirlos; un gusto selectivo...

—Ahora que lo menciona —dice el más petiso—, todos son viejos. —Entonces se da cuenta de que el hombre que tiene enfrente sobrepasa los sesenta—. Disculpe, no lo decía por usted...

El hombre agradece ofuscado y se despide. Antes de subir al auto se le ocurre retroceder, empujar la puerta de la casa abandonada. Esta cede fácilmente, como si alguien la hubiera descerrajado del otro lado. El hombre ingresa cargado de temores pero también de curiosidad. Recorre el mismo camino de la primera vez. La puerta del vestíbulo afloja ante un simple movimiento de manos. Los goznes producen un ruido desquiciante y él siente un escalofrío adherirse entre sus vértebras. Adentro no hay nadie. Avanza tembloroso, diciendo «hola, ¿hay alguien ahí?... ¿hola...?». El eco le devuelve las palabras de manera inversa, acompañado de un viento cálido y delicioso. Poco a poco algo en su interior le impulsa a creer que alguien lo espera, que todo se ha anticipado a su regreso.

Sí, al subir las escaleras tiene la convicción de que alguien reclama su presencia en el cuarto oscuro y una vez allí nadie será capaz de interrumpir sus impulsos. Frente a la última puerta tiene la seguridad de que no necesita anunciarse. Ingresando desvestiéndose, percibiendo la silueta de una mujer sentada al borde de la cama, desnuda, abierta, frotándose el sexo. No se necesitan palabras para repetir lo evidente. El romance está programado para que suceda ese día, con más fuerza que antes, se extinga con el último goteo de la pasión y se repita siempre de la misma forma, tras despertar en la cama de su soledad, desnudo, tiritando de frío y angustiado.

Pasa el tiempo y a lo único que se dedica el hombre es a dormir, regresar a la habitación oscura y hacer el amor. Encuentro tras desencuentro la pasión es más fuerte, crece más que su estómago, que su necesidad de vivir, de alimentarse, de socializar. Se ha olvidado de su aspecto físico y poco le importaría morir en el apogeo de su sexualidad. Sus siestas son más largas y la necesidad de redimirse con su amante es su única preocupación. Apenas vuelve a sentirse abandonado, de su cuarto sale a toda velocidad en busca de la amante, a hacerle el amor y dejarse llevar por la negritud de sus orgasmos.

Ahora, varios meses después del primer encuentro, intuye que pronto se realizará el último. Mientras abre la puerta experimenta un dolor incontenible que le reduce el ritmo de los pasos, lentifica su ascenso por las gradas. Siente que sus energías están a punto de abandonarlo. Y no se resigna a claudicar, justo cuando está frente a la última puerta, aferrado al pomo, oliendo los fluidos vaginales de la amante... Es con sus últimas fuerzas que gira el pomo y la puerta se abre de par en par. La luz ingresa en la habitación, pero eso ya no importa, porque la habitación está fuertemente iluminada desde adentro. Él se derrumba en el umbral, a los pies de ella, quien, a diferencia de otras veces, de todas las anteriores, está vestida. Lo mira inexpresiva, sin atender los quejidos y revuelcos de dolor que ahora el hombre empieza a manifestar. Luego se convierten en alaridos, cuando la piel de su estómago empieza a cortarse desde adentro y la sangre fluye a borbotones, como un hidrante roto. De su abultado vientre la reproducción de sus deseos asoma con ojos enormes, rasgados en un guiño de maldad, pupilas triangulares y encendidas de rojo intenso. La mujer se agacha. Coge al recién nacido con la ternura y el cuidado de una madre

amorosa. Se lo lleva consigo, apegado a su regazo sin dejar que se despida del hombre, poniéndole un dedo en la boca apenas empieza a jadear «μπαμπάς..., μπαμπάς...».

**FIN**